

Ariana Harwicz, la impostura como relación

Recensión de: Harwicz, Ariana. *La débil mental*.
Argentina: Mardulce, 2015

Joana MASSÓ
Universidad de Barcelona

La débil mental, última novela de Ariana Harwicz en España, ha sido publicada por Mardulce, editorial que está llevando a cabo una destacable labor de publicación y traducción de libros de escritoras y ensayistas como el importante ensayo de Anne-Emmanuelle Berger, *El gran teatro del género. Identidades, sexualidades y feminismos*, recientemente publicado, o los ensayos de la novelista Cynthia Ozick, *Metáfora y memoria*.

Novelas como *La débil mental*, así como la anterior novela de Ariana Harwicz *Matate, amor*, publicada en 2012, tratan de la impostura como relación. Leyendo las novelas, entendemos que la impostura no es lo propio de aquél o aquélla que imposta a través de gestos engañosos o falsos, usurpando el nombre o las cualidades de otros, tal y como se acostumbra habitualmente a describir a un impostor. Aquí, la impostura se despliega y se trata literariamente como una relación. La impostura se abre y se sostiene en ese entre que la narradora abre entre ella y esos otros que entran y salen en las novelas: madre, bebé, marido, suegros, vecinos.

Las novelas nos sitúan en un mundo hecho de simulacros afectivos, de destiempos amorosos y desencuentros sexuales, de desajustes que transitan entre la incomprensión y la insinceridad, entre el fraude y el fracaso, siempre dentro de las relaciones: en las relaciones de corta distancia, esas que sabemos que nos constituyen, pero también aquellas que a menudo sentimos como lejanas, como la relación social.

Esta manera de entender la impostura no como una suplantación de una identidad o de una verdad, sino a partir de la relación, como algo que anida y se sostiene en las relaciones con los demás, puede y ha tenido muchos tratamientos, algunos directamente relacionados tanto con el espacio literario

moderno y su exploración literaria del artificio y la falsedad, como también con el espacio literario judío.

Recientemente, la novela de Javier Cercas *El impostor* ha tratado la cuestión de la impostura a partir de la figura de Enric Marco que, a lo largo de décadas, se hizo pasar por un deportado del campo de concentración de Mathausen sin haberlo sido y que acabó de presidente del Amical de Mathausen, tardando a ser desenmascarado. Una figura, la de Enric Marco, en torno a la cual Cercas construía su argumentación sobre la necesaria complicidad de una población española en tiempos políticos difíciles, los de la Transición española tras la muerte de Franco que, al igual que Enrique Marco, también se habría vuelto necesariamente impostora respecto de su pasado, fabricándose uno nuevo y, así, esta sociedad con necesidades de un nuevo pasado, no habría tampoco, cómplicemente, desenmascarado el falso pasado de Marco.

Lejos de este tratamiento de quienes son, y de qué manera, los cómplices de las imposturas, otros escritores se han relacionado con la impostura a partir de los modos de relación con el otro, de un modo seguramente menos ideológico pero más político, como el filósofo francés Jacques Derrida, nacido en la Algeria colonial francesa en 1930 en el seno de una familia judía, y que dedicó algunos de sus textos a situar las consecuencias de la herida del mundo colonial y antisemita de la Algeria bajo las leyes de Pétain durante la ocupación alemana de Francia en la Segunda Guerra Mundial. Para Derrida, la impostura es algo que ya siempre está trabajando en nuestras voces y en nuestra escritura, en la lengua de nuestra historia y sus palabras, en las herencias presentes en la lengua y en las que están silenciadas. Por ello, para Derrida, el trabajo del escritor y de la escritura debe pensarse, como dijo en el Seminario de Barcelona que tuvo lugar en 2002 junto a Hélène Cixous, como «un cambio casi constitucional en el sentido de la constitución política». Y ello porque en la escritura debe establecerse cada vez «un nuevo contrato», una nueva «constitución» que pueda renegociar, reconstruir en permanencia ese deshacer de las imposturas que ya siempre están en marcha en aquello que pensamos y escribimos, en esas voces que hablan siempre más rápido que nosotros.

Tanto en *La débil mental* como en *Matate, amor* ese cuerpo a cuerpo con la escritura que busca deshacer imposturas está íntimamente tramado con distintas formas de violencia y destrucción. La frase final de *La débil mental*, «que explote todo, destruirlo todo, dice mamá, y todavía quiere más» inscribe el célebre título de Marguerite Duras, *Détriure, dit-elle, Destruir, dice ella*, y su comprensión de la escritura como una forma de masacrarse: «Escribo para vulgarizarme, para masacrarme, y después para quitarme importancia, para aligerarme».

Asimismo, *La débil mental* también inscribe el lugar de la escritura en ese lugar de la debilidad mental, de la discapacidad o la carencia de suficiencia como el lugar propio de escritura. En el ámbito de la crítica feminista y los estudios de género, hemos hablado mucho en los últimos años de vulnerabilidad, de *vulnus*, herida, a raíz de la escritura de Hélène Cixous y el pensamiento de Judith Butler, y de la necesidad de elaborar otras representaciones, otras ficciones y otros imaginarios que nos permitan desplegarlos como sujetos en distintas relaciones y fuerzas de la dependencia que nos hacen y nos deshacen como los sujetos no autónomos que somos.

Quizás una de las apuestas que, con más nitidez, emergen en novelas como *La débil mental* es la de una escritura que gira en torno a la urgencia de sentir que somos vínculos y que, afectivamente, políticamente, contingentemente, no sabemos cómo relacionarnos con esos vínculos que nos deshacen pero también nos rehacen. Sin duda, la próxima novela de Ariana Harwicz, *Precoz*, así como su proyecto en curso, *Racista*, seguirán enlazados en esa trama.

